

»Al verle los pontífices y los ministros comenzaron a gritar, diciendo:

»—¡Crucifícale! crucifícale!

»Díceles Pilatos:

»—Tomadle vosotros y crucificadle. Porque yo no hallo en él causa ninguna.

»Respondieronle los judíos:

»—Nosotros tenemos ley, y según la ley debe morir, porque se hizo hijo de Dios».

No habían dicho esto antes al Presidente. Y si lo decían ahora, era más bien, según yo creo que excitar al pueblo, que era lo que entonces importaba, que por persuadir al Presidente. A éste, lejos de persuadirle esta acusación nueva, le aterró más y más. Tanto que al oír esto volvió a tomar a Jesús y metióse de nuevo en el pretorio con él a solas, y le dijo:

«—¿De dónde eres tú?

Ya sabía que era de Galilea, pero entonces preguntaba por otro origen, porque había oído decir que se hacía Hijo de Dios. Y eran tantos los misterios y maravillas que venía observando, que no pudo menos de fijarse en la idea, y pensar a su manera y según sus mitologías e historias de los dioses romanos falsos, si en efecto tendría delante a un dios, o a un hijo de algún dios. Por eso le preguntó:

«—¿De dónde eres tú?

»Pero Jesús no le dió respuesta ninguna».

¿Para qué había de responder a aquel juez inicuo que confesaba que no hallaba culpa ninguna en el Nazareno, al mismo tiempo que lo presentaba deshecho ante el pueblo?

Picóse un poco Pilatos, que debía estar muy excitado, y le dijo:

«—¿A mí no me hablas? No sabes que tengo poder para crucificarte y poder para librarte?»

Bien poco se conocía, y bien poco usaba de su poder. Y esta fué su propia condenación. Pero no quiso Jesús dejar pasar aquella arrogante presunción de autoridad sin protesta, para que no pareciese por su silencio confesarse inferior a su juez. Y abriendo aquellos labios que hacía ya tanto tiempo los tenía cerrados, dijo con divina gravedad:

»—No tendrías sobre mí poder ninguno, si no se te hubiese dado de arriba. Por eso el que me ha entregado a tí tiene mayor culpa».

Desde entonces, Pilatos andaba buscando el modo de librar al Nazareno, con más empeño que antes. Pronto debieron caer los judíos en la cuenta de que su última forma de acusación, si bien excitaba al pueblo, como religioso que era, a pedir la muerte del que llamaban blasfemo, pero en cambio era mayor obstáculo para que el Presidente condenase a Cristo. Cambiaron, pues, de nuevo de táctica, y viendo vacilar a Pilatos, que acaso conferenciaba allí delante con sus oficiales, clamaban gritando:

«—Si das libertad a ese, no eres amigo del César. Porque todo el que se hace rey a sí mismo va contra el César».

Esto acabó de anonadar al débil Presidente. Al oír este clamor, temeroso de incurrir en desgracia del César, sacó fuera consigo a Jesús, sentóse en el tribunal que pusieron en el Litóstroto o Gábbata, y viendo que nada adelantaba sino que arreciaba el motín, mandó traer agua, y delante del pueblo se lavó las manos, según ceremonia antigua, cuando uno quería salirse de una causa, y dijo:

«—Yo soy inocente de la sangre de este justo; vosotros lo veréis.

»Y respondiendo todo el pueblo, dijo:

»—¡Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos!»

¡Infelices! ya lo fué! y lo es sobre sus hijos! y lo será sobre sus nietos hasta el fin del mundo.

»Era la parasceve o preparación de la pascua, y poco más o menos las seis, y dijo Pilatos a los judíos (sin duda al ir a entregarlo a los lictores):

»—He aquí vuestro Rey!

»Respondieron los pontífices diciendo:

»—No tenemos más rey que a César!

»Entonces Pilatos se lo entregó para que fuese crucificado».

#### 274. EL CAMINO DEL CALVARIO

(J. 19, 16.17; Lc. 23, 26.27; Mc. 15, 30; Mt. 27, 31)

Dada estaba ya la sentencia. El Presidente volviéndose

a Jesús, pronunció la fórmula judicial y dijo: *Ibis ad crucem.* Irás a la cruz.

Volviéndose enseguida al lictor mandóle preparar la cruz y usando también de la fórmula judicial, dijo: *I, lictor, expedi crucem.* Vete, lictor, y prepara la cruz.

Tal vez estaba ya preparada alguna o algunas que habían servido a otras crucifixiones, o cuando menos, siendo este suplicio tan usado entre los romanos, habría siempre algunas hechas para el caso.

La cruz era un género de suplicio, originario, según dicen, de Persia, y adoptado por los griegos y más tarde por los romanos. Entre los hebreos no se usó hasta la dominación de Roma. Aun entonces no se aplicó a nadie que tuviese derecho de ciudadanía, sino solo a ladrones, malhechores, hombres plebeyos y bajos. Pero para esta ralea de gente se hizo muy común.

Era tan ignominioso este tormento, que Cicerón lo llamaba el último y mayor suplicio de los esclavos. Entre los hebreos la manera más común de aplicar la pena de muerte eran las piedras. Así apedrearon a San Esteban.

Cuatro géneros de cruces se estilaron: la cruz simple que era un solo palo | al cual fijaban pies y manos; la cruz *commissa*, en forma de T; la cruz *immissa* o cabezada en la forma ordinaria † y la cruz espada X conocida con el nombre de cruz de San Andrés que murió en ella.

La de Jesús fué la tercera, cabezada, como se suele representarla.

Era forzoso al que iba a ser crucificado llevar su propia cruz al sitio del suplicio. Y por eso dice Jesús, que quien quisiese seguirle había de tomar su cruz y caminar en pos de él. Y llevábala o sueltos los dos travesaños, que luego se habían de cruzar y clavar al llegar al sitio elegido, o como era más regular, armada ya toda la cruz, y de este modo solemos pintar a Jesucristo.

No parece que la cruz era muy grande, ni era esto necesario. Bastaba, y así sería en la de Jesús, que el crucificado quedase un poco levantado del suelo; pero al menos mediría toda ella unos tres metros, de manera que encajada en el suelo todavía quedase el crucificado algo levantado sobre él, y además sobresaliese por encima del travesaño

horizontal la cabeza de la cruz. Su peso calculaban que sería de 40 a 50 libras. Toda ella, en fin, era tal, que la pudiese llevar el reo, aunque estuviese débil como entonces Jesucristo.

El camino que recorrieron fué desde la Torre Antonia, donde estaba el Pretorio, hasta el Calvario o Gólgota, donde fué crucificado, espacio de 600 a 700 metros. El pueblo llama a este camino con el nombre de Via Crucis, Camino de la Cruz, Via dolorosa, y en español Calle de la Amargura.

Aunque muchos críticos disputan acerca de ello, parece que fué el mismo que hoy suelen seguir los fieles en Jerusalén cuando hacen el Via Crucis. Es cierto que las guerras de los romanos primero y de los mahometanos y cruzados después, y las diversas dominaciones porque Jerusalén ha pasado, han debido de desfigurar mucho los parajes. Hoy hay muchas casas edificadas en un trayecto del camino que se cree que siguió el Señor, y sobre el pavimento hay amontonados tantos escombros, que algunos dicen que el suelo hoy está levantado en algunos sitios diez y aun veinte metros sobre el suelo antiguo. Acaso sea esto exagerado, pero de seguro que tiene mucho de verdad. Sin embargo no es difícil y sí muy creíble, que la piedad haya conservado tenazmente el recuerdo de los principales pasos que recorrió el Salvador en aquel viaje el más augusto y memorable que se ha hecho en la tierra; y si en algunos sitios los pasos antiguos están enterrados, pero otros más levantados son los mismos que recorrió Jesucristo.

El camino, al salir de la fortaleza Antonia, bajaba un poco al valle de Tyro-peón, para volver a elevarse después por una pendiente no muy suave, y pasar por la Puerta Judicial hasta llegar fuera ya de los muros al Calvario. Aún señala en el camino la tradición el sitio en que Jesús encontró a la Verónica y donde fué ayudado por el Cirineo.

El Calvario es el montecillo en que fué Nuestro Señor crucificado. Gólgota o Gulgolet mejor dicho, en hebreo, es en latín *Calvaria*, y en castellano significa *Calavera*, de donde viene Calvario. Algunos piensan que más bien que calavera se llamaba sitio de calaveras, porque creyeron que estaba destinado para ejecutar a los condenados a

muerte y que allí estaban sus esqueletos. Mas esto es inverosímil, pues de ser ello así, no hubiera elegido aquel sitio para jardín suyo uno de los más ricos de Jerusalén, José de Arimatea. Ni de que este sitio fuese destinado para ejecuciones, hay indicio ninguno.

Creyeron otros que según tradición antigua en aquel sitio estaba sepultado nuestro primer padre Adán, y que la providencia ordenó las cosas de manera que el muerto por quien todos morimos, fuese bañado en la sangre que corriese del Redentor por quien todos somos vivificados. Mas tampoco esta idea tiene sólido fundamento real; a ella tal vez alude la costumbre frecuente de poner al pie del Crucificado una calavera con las tibias cruzadas.

Más bien parece cierto que el sitio se llamó Calvario y Gólgota, porque realmente la cumbre del montecillo presentaba el aspecto de un cráneo o calavera, descubierto de tierra y pelado de toda vegetación.

#### 275. JESÚS LLEVA LA CRUZ

Fué, pues, el verdugo a buscar la cruz. Mientras tanto los soldados quitaron a Jesús la clámide y le pusieron sus vestidos propios y la corona de espinas. Volvió el lictor trayendo una cruz de las que estaban preparadas, y todos los utensilios necesarios para la ejecución, clavos, martillo, cuerdas, vinagre, etc. Puso la cruz en manos del Salvador para que la tuviese, y todavía debió pasar algún tiempo mientras se preparaba la comitiva. Porque era necesario que se dispusiesen los soldados, que se preparase el cartel de la causa, que viniesen los lictores, y en fin, que se sacasen a otros dos presos que con Jesús habían de ser crucificados.

Porque, fuese mala intención de dar al día y a la justicia más solemnidad, fuese que como de todos modos habían de ser ajusticiados, quisiese el Presidente para ahorrar malos espectáculos, hacerlo todo de una vez, fuese en fin, querer justificar su conducta envolviendo la ejecución de un inocente con la de dos verdaderamente criminales, ello es que al sentenciar la muerte de Jesús determinó el Presidente que junto con él despachasen a otros dos condena-

dos a muerte que tenía presos. Y mientras les daban aviso, y les preparaban las cruces, y los sacaban, pasóse, por fuerza, un buen rato, en el cual estuvo nuestro amado Salvador tal vez con la cruz entre sus manos, oyendo a su alrededor los diversos afectos de la gente que se agolpaba curiosa a verle con el instrumento de suplicio ya en sus brazos, y a comentar, cada uno según su manera, el resultado horrible de aquel juicio.

Salieron por fin los otros dos reos criminales, que a juzgar por lo que después hicieron llegarían blasfemando y renegando contra aquel Nazareno, cuya condenación había acelerado la de ellos, y mirándole con rabia y amenazas comenzarían ya a decirle lo que en el Calvario le siguieron diciendo.

Cargaron por fin a cada uno de los tres sus cruces, y puesta en orden la comitiva salió de la Torre Antonia. Abrían la marcha a duras penas los soldados guiados por el Centurión Longinos. Seguía después el pregonero trayendo en la mano el cartel en que estaba escrita la causa de la condenación de Jesús, en tres lenguas, hebrea, griega y latina, diciendo: *Jesús Nazareno, Rey de los Judíos*.

Tras él venía Jesús, custodiado de cuatro soldados y acaso de algún otro esbirro. Del mismo modo en pos de él seguían los otros dos ladrones, cada uno precedido de su pregonero y de su cartel con su causa, y escoltado por sus cuatro soldados.

Aunque era frecuente en estos casos recorrer para escarmiento del pueblo las calles más notables antes de llegar al sitio del suplicio, pero esta vez no se hizo así, acaso por abreviar, pues era tarde, y porque no falleciese antes el Salvador, que estaba muy agotado.

Por el camino, pues, más breve entre las estrechas y tortuosas calles de Jerusalén caminaba lentamente, abriéndose paso a fuerza de empujones de la gente la lúgubre comitiva. Todos se agolparían para ver un espectáculo tan estupefaciente, y mirar qué figura y qué rostro llevaba aquel hasta hace pocos días admirable taumaturgo, que a tantos había dado salud y vida, y maestro irrefutable que tantísimas veces había dejado sin palabra a los fariseos que entonces por fin le arrastraban a la muerte.

La aglomeración de la gente impedía que se viese fácilmente al Señor. Sobre la multitud de cabezas agolpadas a todo lo largo del camino, aparecían los cabos o puntas de las tres cruces que llevaban los tres reos, avanzando lentamente.

El Salvador apenas tenía fuerza natural para llevar su carga. Ayuno de toda comida desde la última cena, desangrado por el sudor del Huerto y por las aflicciones y castigos recibidos, exhausto de cansancio, fatigado del desvelo, acabado por los insultos y atropellos de la gente, y también conmovido por los acentos de compasión que no faltarían, caminaba arrastrándose con mucha fatiga bajo su carga.

El camino, cuesta abajo primero y cuesta arriba después, le obligó a caer, según tradición piadosa, nada menos que tres veces bajo el peso de la cruz. Agolpariase la gente cada vez que caía, un murmullo de conmoción general recorrería por toda la muchedumbre, que preguntaba anhelosa lo que sucedía, y temblaba de pensar que el reo iba a quedarse en una de aquellas caídas.

#### 276. MADRE E HIJO

Después de haber caído una de estas veces cree la tradición que se encontró con su Santísima Madre. Nada dice de este encuentro el Evangelio; pero lo llevan escrito en sus corazones todos los fieles, y se lo cuentan todos los padres y madres a sus hijos.

No se puede dudar que la Virgen María tuvo noticia de todo cuanto iba sucediendo hora por hora desde que en el Cenáculo su Hijo se despidió de ella para ir a padecer y morir. Cuál sería el dolor que, aunque lo tuviese previsto, sentiría al saber que en efecto su Hijo iba siendo maltratado, burlado, tratado por loco, azotado y coronado de espinas, piénsalo tú, lector amado, si has tenido madre o hijos, aunque sean muy distintos de Jesús y María.

Oído que Jesús era sentenciado a muerte y que iba salir al Calvario, tomó su manto, veló su rostro, y acompañada de sus amigas y tal vez también de algunos discípulos, salió del Cenáculo por las calles retiradas, al encuentro

de su Hijo. En un sitio a propósito del camino, le aguardó, algo apartada de la gente. Llegó primero a ella el estrepitoso murmullo de la innumerable muchedumbre que bullía por todas las calles, y que estaba también en los puestos más eminentes, tomados para ver al Nazareno con su cruz. ¡Qué dolor tan horrible sería para ella la vista y presencia de toda aquella gente que la rodeaba, y cómo palparía su santísimo corazón mientras esperaba de un momento a otro aparecer entre soldados y verdugos a su inocentísimo Hijo! Por fin le vió acercarse. Le miró. ¡Cómo venía! Qué distinto de como ella le había dejado la noche antes! Aunque era muy difícil conocerle según venía, lo reconoció como Madre buena, y si bien muchas veces habría meditado lo que sabía que iba a suceder ¡oh! cuánto más sufriría con la vista, que no había sufrido con la consideración!

Oh! qué bien habíale dicho aquel anciano: «Tu alma también traspasará la espada del dolor».

Desde entonces Hijo y Madre caminaron juntos al Calvario, y si bien la Madre iba a alguna distancia del Hijo, por evitar cualquier indigno atropello, pero los corazones caminaban muy juntos diciéndose el uno al otro muchas cosas...

#### 277. LA VERÓNICA

Tampoco de Verónica dice nada el Evangelio. Solo la tradición cuenta su delicada historia.

El Salvador caminaba sudoroso bajo el peso de su cruz, empujado, agujado, y arrastrado a trechos por sus verdugos, cuando al llegar a una casita más allá de la Puerta Judiciaria, salió de ella una mujer decidida, que sin temor a nadie se adelantó en medio de la turba, y abriéndose paso entre los soldados que guardaban al reo, en menos que se mira se acercó y aplicó al divino rostro un lienzo blanco, enjugó con él el sudor sanguinolento del Señor, y retiróse prontamente con el corazón traspasado de dolor, recogiendo el lienzo y dejando sus miradas al retirarse en el Nazareno.

Unos la llaman Verónica y otros Berenice. Eusebio quiere dar a entender que Verónica era la Hemorroísa a quien curó el Señor de su enfermedad. Sea de esto lo que sea,

era sin duda mujer noble y generosa, valiente y decidida, que en medio de aquellas tropelías se atrevió a consolar al afligido reo.

Bien se lo premió el Señor. En recompensa de su acción, dejóle estampada la imagen de su rostro en el mismo lienzo con que enjugó su sudorosa faz.

#### 278. EL CIRINEO

(L. 23, 26; Mc. 15, 21; Mt. 27, 32)

Aún quedaba mucho que andar, y por cierto lo más difícil, por ser lo último y caminar cuesta arriba. Las fuerzas se agotaban más cada vez. El caminar se iba haciendo más lento y pesado; empezábase a temer que el Señor no podría llegar al Calvario. Hablarían los judíos con los soldados, y para que no se les quedase el reo en el camino, se decidieron a quitarle la cruz y obligar a alguno de los circunstantes a que la llevase.

Precisamente entonces venía del campo, seguramente de su trabajo un hombre, Simón Cireneo. Tal vez como natural de Cirene era pagano según algunos creen. Pero es más seguro que aunque fuese natural de Cirene estuviese ya fijo en Jerusalén, pues tenía allí heredades y trabajo, y por lo menos después, tuvo allí familia conocida, puesto que para dar a entender quién era, lo señala el Evangelista San Marcos, diciendo que era el padre de Alejandro y Rufo que debían ser bien conocidos a los fieles. De Cirene podía haber sido muy bien, aunque fuese judío, puesto que en Cirene en la Libia Africana había una colonia judía que años antes llevó allá Tolomeo Lago.

Este, como había estado ocupado en sus faenas del campo todo el día, apenas estaba enterado de lo que había sucedido. Al volver, encontróse de frente con la terrible procesión de aquel gentío inmenso. Enteróse de lo que pasaba, acercóse al Salvador, acaso mostró por él especial interés y compasión, y esto bastó para que los soldados y judíos echasen mano de él; y como solían hacerlo otras veces, con violencia le obligaron a tomar la cruz del Salvador, para aliviar así a aquél de quien tanta compasión mostraba.

Era imposible resistir entonces a lo que ordenaban los

soldados. Y así, aunque tal vez a disgusto y resistiéndose, plegóse a lo que ellos le impusieron acaso en culpa de haber mostrado compasión. Tomó, pues, la cruz, y detrás de Jesús y arrimado al que a todos los suyos había puesto esta condición de tomarse cada uno su cruz y seguirle detrás con ella, siguió hasta el Calvario, en pos del Nazareno llevando él solo ya la preciosa carga santificada por el que hasta allí la había llevado.

En pago mereció ser llamado a la fe y venerado en la Iglesia de Jesucristo.

Con esto aceleróse la procesión y comenzaron a caminar más aprisa para concluir a tiempo toda la faena que aún restaba.

#### 279. LAS MUJERES DE JERUSALÉN

(L. 23, 27-31)

Y cuando así caminaba encontróse, entre las que en primera fila le aguardaban para verle al paso, unas mujeres que apenas le divisaron entre la turba, llevadas de su natural compasión comenzaron a sollozar y a lamentarse de aquel espectáculo.

Sin duda que otras muchas también como ellas habían llorado y sollozado al verle. Pero aquellas debieron hacerlo de manera tan notable que llamaron la atención más que otras ningunas. Además libre el Señor entonces del peso de la cruz que le ahogaba, pudo dirigirse a éstas como no había antes podido a otras, por estorbárselo su carga.

Viendo, pues, que le seguían y no cesaban de sollozar y lamentarse fuertemente, el que hacía tanto tiempo no había hablado una sola palabra, volvióse entonces a ellas y les dijo:

«—Jerolimitanas, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque día vendrá muy pronto en que digan: ¡Dichosas las estériles y los senos que no han tenido hijos, y los pechos que no han criado! Y entonces comenzarán a decir a los montes: ¡Caed sobre nosotros! y a los collados: ¡Sepultadnos!»

Y para darles a entender cuán grande había de ser la tribulación de aquel día de la destrucción de Jerusalén que

había de echárseles encima muy pronto, terminó con esta formidable sentencia:

«—Porque si en el árbol florido se hace esto que veis, ¿qué se hará en el árbol seco?»

Si en mí, árbol florido de virtud y santidad, solo por querer redimiros se hace este castigo, ¿qué se hará en vosotros y en vuestros hijos y en esta ciudad deicida, leño seco que no da ningún fruto?

#### 280. LLEGADA AL CALVARIO

(J. 19, 18; L. 23, 33; Mc. 15, 22, 23, 25-28; Mt. 27, 33-34-38)

Mas no era aquélla hora de sermones, ni permitían dilación los soldados, ni los fariseos veían con paciencia que todavía resonase aquella voz del Maestro que tantas veces los habían confundido.

Siguieron, pues, adelante y llegaron al término.

Echaron los tres crucíferos las cruces en el suelo. Apartóse Simón, cumplida su tarea, del grupo de los reos. Los soldados cogieron las cruces y las fueron colocando bien y sacando los clavos y martillos para la terrible faena.

En esto unas buenas señoras de Jerusalén que solían hacer esta gracia a los reos, se adelantaron, y al Salvador, probablemente como a los otros, le ofrecieron un vaso, de vino con hiel, dice San Mateo, de vino con mirra, dice San Marcos. Era esta una bebida que con el fin de aletargar los sentidos y aliviar los dolores de la cruz preparaban algunas mujeres piadosas a los condenados. En ella entraba el vino en primer lugar; pero en el vino echaban algunas mezclas de mirra, de aloe, de incienso, y de otras sustancias que creían ser dormideras. «Al que va a morir, dice el Talmud, le darás a beber un grano de incienso en un vaso de vino, para que pierda el conocimiento de sí mismo». Tal se hizo con el Señor.

Él tomó el vaso, y agradecido lo gustó, pero no lo bebió, y lo devolvió a las señoras. Así mostró por una parte su agradecimiento, pero por otra parte se abstuvo de aquella bebida, para que nadie atribuyese a ella lo que en la cruz él había de hablar y hacer para ejemplo de los hombres. Además que él quería padecer con todo su conoci-

miento y reflexión. En fin, era indigno de Dios tomar bebidas ningunas que quitasen el conocimiento natural.

Entonces los soldados a vista de todo el pueblo le desnudaron de sus ropas, le quitaron y recogieron el manto que ya no había de llevar más sobre sus hombros, el cingulo, la túnica y las sandalias. Alargáronle un lienzo, que tal vez solían dar las mismas señoras que preparaban el vino con mirra. Los crucificados de ordinario eran puestos en la cruz desnudos. Mas el pueblo judío evitaba la desnudez, y acaso por respeto a las costumbres nacionales, permitían los romanos a los reos que se cubriesen lo más necesario para el decoro. Tal misericordia se guardó al menos con el Hijo de Dios, que rodeó su cintura con aquel lienzo.

Estando, pues, preparadas ya todas las cosas y colocada la cruz en tierra aguardando el cuerpo santísimo de Jesús, como el ara que espera la víctima que en ella se va a sacrificar, Jesucristo cordero inocente que nada tenía que pagar por sí, pero que tenía que pagar en aquella hora la redención de todos los pecadores del mundo, se tendió en el suelo, alargó sus brazos y sus pies a los sitios de los clavos, y cerrando sus ojos se entregó del todo a sus verdugos.

Sonó el martillo, y un clavo fijó primero una mano y luego otro la otra al madero. Acaso éste estaba ya de otras veces que había sostenido a otros crucificados agujereado y manchado con sangre vieja de otros criminales, y así era más fácil fijar los clavos. Después de las manos clavaron los pies con otros dos clavos, porque con uno los dos, como algunos quieren, es muy difícil y casi imposible hacerlo. Si el dolor en las manos había sido grande, mayor sin duda fué el de los pies, por ser éstos más gruesos y tener más tendones y huesecillos que atravesar.

Quedó el sacrosanto cuerpo de Cristo sujeto al madero.

Alzaron entonces, como solían, a poder de brazos y con picas y con cuerdas la cruz con el crucificado, y arrimándola al agujero que en la peña se había cavado, hincaron en él la cruz, la sujetaron con alguna cuña, y dejaron al Redentor suspendido ya en el patíbulo.

Hicieron enseguida poco más o menos lo mismo con los otros dos reos, aunque con mayor resistencia de ellos, con blasfemias y maldiciones mezcladas de quejas y de ayes y

lamentaciones de rabia. Y una tras otra fueron apareciendo las tres cruces en sus sitios, quedando Jesús en medio de las otras dos.

Algunas veces parece que crucificaban estando ya la cruz en su sitio, y levantando al reo con cuerdas hasta ella, sujetándole y clavándole enseguida. Otras también, hincado en su sitio el poste más largo, clavaban en tierra al reo al travesaño horizontal, y una vez clavado en éste, lo levantaban con cuerdas por la cabeza del otro poste ya hincado, a la altura conveniente, y entonces clavaban primero un palo en otro, y luego los pies del reo en el poste vertical. Otras veces lo hacían de otras maneras como más fácil le pareciese al ejecutar, y según las costumbres de los pueblos.

El Evangelio limitase a decir sencillamente:

«Le crucificaron, y con él crucificaron a dos ladrones uno a la derecha y otro a la izquierda, y en medio a Jesús».

Y da por supuesto que todo se hizo como se acostumbraba en estos casos, y era de todos conocido. Nosotros creemos más probable que las cosas sucedieron como las hemos descrito. Suelen los artistas poner debajo del crucificado un descanso en que se apoyan sus pies. Los autores hablan de un *sedile* o descanso que dicen salía del medio de la cruz en que se asentaba el crucificado. Y creen que este descanso salía más bien más arriba, de modo que el paciente quedase en él sentado. Parece más natural que se hiciese lo otro, y que tanto para sostén del paciente, como también para clavar los pies se pusiese el descanso saliente que vemos en muchos crucifijos.

#### 281. SORTEO DE LOS VESTIDOS DE JESUCRISTO

(J. 19, 23.24; L. 23, 34; Mc. 15, 24; Mt. 27, 35.36)

Era el mediodía, poco más o menos. Apareció el Señor crucificado en medio de un pueblo inmenso que le contemplaba. Los soldados le miraron un poco, y viendo que todo estaba bien, y que aquello podría durar, como sucedía muchas veces, horas y aun días, pues no pocos crucificados vivían dos y tres en su tormento sin morir, sentáronse alre-

dedor de las cruces, vigilando cada grupo de soldados a su respectivo reo.

Era para ellos todo cuanto los reos poseían al tiempo de ser crucificados, y pusieron a repartirse desde luego lo que les pertenecía. Poco sacarían los que guardaban a Cristo. Un manto, un pañuelo o turbante con que cubrir su cabeza para defenderla de los rayos del sol como se usa en Oriente, un cíngulo con que sujetar la túnica, unas sandalias y una túnica, eso era todo el tesoro del Rey de cielos y tierra.

Todo esto fué lo que recogieron los soldados. De todo ello hicieron cuatro lotes, tantos cuantos eran los soldados que guardaban a Jesucristo. Puede ser que del manto hiciesen algunos pedazos, porque daría de sí para ello y de estos fragmentos y de todo lo demás, hicieron las cuatro porciones dejando aparte la túnica. Sacaron luego los dados, y con ellos echaron suerte para ver qué tocaba a cada uno.

La túnica, si no muy preciosa, debía ser mejor que todo lo restante. Siendo además de punto de arriba abajo y sin costura, hubiera perdido todo su valor hecha pedazos. Por eso cuenta San Juan que los soldados se dijeron al verla:

«—No la rasguemos, sino echemos suertes a ver quién se la lleva».

Y de este modo advierte el Evangelista, se cumplió la Escritura que dice: «Dividieronse mis vestidos y sobre mi túnica echaron suertes», o como dice el texto del salmo profético, «sobre mi túnica echaron el dado».

#### 282. EL REY DE LOS JUDÍOS

(J. 19, 19.22; L. 53, 38; Mc. 15, 26; Mt. 27, 37)

Y sucedió un caso muy providencial. Porque aquel título que el prigionero traía delante de Jesús, en el cual debía venir escrita la causa por que Jesús era condenado a muerte, se puso también sobre la cruz, fuese esto costumbre en todas las crucifixiones o particularidad usada en esta de Jesucristo por Pilatos. Y estaba escrito en las tres lenguas más usadas y conocidas de todo el pueblo que en aquellos

días se congregaba en Jerusalén, es a saber: en hebreo, en griego y en latín. Y decía así: IESÚS NAZARENUS, REX IUDAEORUM, que quiere decir: Jesús Nazareno, Rey de los judíos. De este título es abreviatura el INRI que de ordinario se pone encima de los crucifijos, compuesto de las cuatro iniciales del título latino.

Nada pudo escogerse más propio de aquella ocasión solemne. En este título quiso poner Pilatos la causa por que Jesús había sido condenado. Y sea casualidad, sea intención, la puso de tal modo, que no pudo expresar más divinamente los designios de Dios.

En efecto, aquel crucificado era el Rey de los judíos, y nunca más rey que cuando estaba crucificado, porque nunca conquistó tan propiamente el cielo y la tierra, nunca trajo a sí tanto las almas y fundó la Iglesia universal, como cuando allí fué crucificado.

Antes lo había dicho él mismo: «Yo, cuando sea levantado de la tierra, traeré a mí todas las cosas».

Ahora lo escribía Pilatos cuando al crucificarle puso encima el título del que estaba crucificado: y dijo en las tres lenguas principales, como quien lo decía a todo el mundo; Este *Jesús Nazareno* que veis aquí crucificado es el *Rey de los Judíos*.

Siempre lo canta y lo cantará la Iglesia en un verso sublime del Viernes Santo: *Regnavit a ligno Deus*. Reinó desde una cruz Dios.

«Esta inscripción, dice San Juan, que como testigo debió observar todo lo que allí pasaba, la leyeron muchos de los judíos, porque el sitio en que le crucificaron estaba cerca de la ciudad, y estaba escrito en hebreo, latín y griego».

Y sin duda que su lectura daría ocasión a muchos de hablar en pro y en contra, y de disputar sobre si era o no Jesús Nazareno el Mesías.

Naturalmente los Príncipes tomaron esto como una injuria que se les hacía a ellos, después de todo lo que había pasado. Precisamente hacía pocas horas que habían dicho a voz en cuello todos que no querían que aquel hombre reinase sobre ellos, y que no tenían más rey que César. Enfadados, pues, presentáronse a Pilatos y le dijeron:

«—No escribas: Rey de los judíos. Sino que él dijo: Yo soy Rey de los judíos».

Mas Pilatos hartó ya de sus exigencias, gozándose también en echarles en rostro la clase de reyes que tenían, y acaso, acaso persuadido en la realidad, de que aquel a quien había entregado a la muerte era de verdad rey y algo sobrenatural y superior a todos, los mandó despachar diciendo:

«—Lo que he escrito, he escrito».

Es a saber, ya sé lo que he escrito, y no pienso mudar nada.

No sé si lo sabía él. Pero bien lo sabía Dios Nuestro Señor. En toda la tierra aparecerá siempre dominándolo todo una cruz, y en la cruz un crucificado, y sobre ese crucificado un título que nadie jamás podrá borrar ni corregir. Un crucificado es el Rey de los judíos, el rey de las naciones, el Mesías y Señor que el Padre había prometido enviar al mundo para conquistarlo a la verdad.

¡Jesús en cruz, Rey de los judíos y de todo el mundo!

¡Oh misterio! oh portento del poder y sabiduría de Dios!

#### 283. INSULTOS A JESUCRISTO CRUCIFICADO SU PRIMERA PALABRA

(L. 23, 34. 35-37; Mc. 15, 29-32; Mt. 27, 39-43)

Extraordinaria debió ser la curiosidad que Jesucristo crucificado, sobresaliendo por encima de todo el pueblo, debía inspirar a toda la inmensa muchedumbre que se había amontonado en el Calvario.

Entre un mar de cabezas apiñadas, vueltas todas ellas a un punto, a la cruz, aparecía la cabeza y el pecho del Salvador, quedando ocultos los pies y la cintura entre la densa multitud que le rodeaba. Cerca de él estaban, como de ordinario, los más atrevidos y descarados, que se suelen meter en los sitios más comprometidos en estos casos. Cerca también, tan cerca cuanto su orgullo les permitía, hallábanse presenciándolo todo satisfechos los sacerdotes y escribas. Seguía todo el vulgo tras de ellos. «Lejos, como dice San Lucas, estaban todos sus conocidos, y las mujeres que le habían seguido desde Galilea, viendo aquello».

No dice San Lucas quiénes eran estos conocidos. Ni si eran muchos, ni si pocos. Porque aunque dice *todos* no quiere decir que estaban allí todos, sino que todos los que estaban allí estaban lejos. Acaso varios, si no todos sus discípulos principales, más o menos recatadamente, se habían reunido a ver en qué paraba todo aquello. De las mujeres, dice expresamente San Mateo que eran muchas, y entre ellas estaban María Magdalena, María de Cleofas, madre de Santiago el Mayor y de José, y cuñada de la Santísima Virgen, y según la liturgia del viernes de Dolores también Salomé, madre de los hijos del Zebedeo. Ni San Mateo, ni San Marcos nos dicen que estuviere entre ellos la Virgen, ni nombran a ningún varón. Solo por San Juan sabemos que estuvo allí él mismo, y sólo él también nos dice que estuvo la Virgen Santísima al pie de la Cruz.

Todo el pueblo estaba contemplando. Terminada la crucifixión, y sentados los guardias, comenzó luego el ir y venir de la gente que se empujaba, y cuanto el cordón de soldados lo permitía se arribaba para ver más de cerca el hecho curioso, y después de satisfecha su curiosidad, pasaba adelante a comentar lo que acababa de ver. Pero qué amarga debió ser aquella primera hora para Jesús Nazareno, que, ni siquiera por el estado de aflicción en que se hallaba, se vió libre de las maldiciones y persecución de sus enemigos.

Los que pasaban le blasfemaban meneando sus cabezas y diciendo:

«—Bahl tú que destruyes el templo y lo reedificas en tres días, sálvate a tí mismo. Si eres Hijo de Dios, baja de la Cruz».

Sea que estos hubiesen entendido que Jesucristo cuando habló de este poder suyo trataba del templo de su cuerpo, y de su poder de salvarse de la muerte, sea que entendiesen que trataba del templo material, échanle ahora en cara aquellas palabras como si hubieran sido pura jactancia.

Y acercábanse después los sumos sacerdotes y examinándole burlábanse entre sí con los escribas y senadores, y sin dirigirse al Señor, como el pueblo que siempre es más descarado, tal vez por no atreverse a afrontar las miradas del que, tantas veces los había confundido, y aun en la cruz

no dejaría de inspirarles algún temor y de seguro mucho remordimiento, se decían:

«—A otros ha hecho salvos y a sí no se puede salvar. Si es el Cristo escogido de Dios, el Rey de Israel, baje ahora de la Cruz, para que lo veamos y creamos en él. ¿Confía en Dios? que le libre si le quiere. Pues dijo: Yo soy Hijo de Dios».

Seguían los soldados haciendo su guardia, y escuchando lo que a su lado se decía. Y parece que para aliviar la sed de los crucificados tenían una bebida compuesta en su mayor parte de agua y vinagre, que acaso de tiempo en tiempo, acercaban a los labios de los pacientes. Al ir, pues, ofreciendo el vinagre, burlábanle y le decían:

«—Si tú eres el Rey de los judíos, sávatel

Y en fin hasta los ladrones que estaban crucificados a su lado le repetían los mismos insultos, y uno de ellos decía:

«—¿No eres tú el Cristo? sávaté a tí mismo y a nosotros».

Qué hacía entre tanto el Salvador? Callaba y como dice el Salmo 37, «quedé como un hombre que no entiende y que no tiene en sus labios réplica». Hasta que por fin levantó sus ojos, abrió sus labios, y vuelto a su Padre, le dijo, mansísimamente y con todo sosiego:

«—¡Padre! perdónalos! porque no saben lo que están haciendo».

Y no parece que lo dijo una sola vez, sino que muchas veces desde que fué crucificado, *decía*, escribe San Lucas, esta hermosa oración.

Y no por aquellos solamente que allí le crucificaban y ofendían, sino sin duda también, por nosotros que tantas veces le hemos ofendido y agraviado, repitió entonces lo mismo, y lo repite hoy en los altares y en el cielo a su Eterno Padre. Y gracias a sus oraciones e interpelaciones, obtenemos la misericordia divina.

#### 284. SEGUNDA PALABRA DE JESÚS.

(L. 23, 39-43; Mc. 15, 32; Mt. 27, 44)

Parece que al principio los dos ladrones insultaban a Jesús. Irritados acaso de que por él se les había adelantado,

la muerte, rabiosos por los tormentos que, al principio sobre todo, por ser mayor la fuerza de la vida, eran más sensibles y violentos, revolviéronse contra todos, como suele suceder en estos casos, y también contra el que era objeto de la rabia general, contra su compañero de penas.

Dimas y Gestas son los dos nombres que comúnmente dan a estos ladrones, y suele suponerse que el bueno era Dimas y estaba crucificado a la derecha, y el malo Gestas, a la izquierda. Están estos nombres sacados del Evangelio apócrifo que se llama de Nicodemus, y acaso serían los verdaderos, aunque otros apócrifos ponen otros.

Gestas, pues, decía al Señor:—¿No eres tú el Cristo? Sálvate, pues, a tí y a nosotros.

Pero Dimas, que comenzó blasfemando, cayó en la cuenta de que aquel crucificado no era como ellos. Y viendo su divina paciencia, oyendo su magnánima oración a su Padre, considerando su mansedumbre augusta en nada semejante a su impaciencia, y recordando lo que desde antes sabía del Nazareno, persuadióse que aquel crucificado era algo más que ellos, algún ser superior, Rey, sin duda, aunque los judíos se riesen de tal título, Dios de seguro, e Hijo de Dios, por más que blasfemasen los sacerdotes. Y primero calló, y luego viendo que su compañero seguía insultando, vuelto a él díjole increpándole:

«—¿Ni tú temes a Dios, siendo así que estás en el mismo suplicio? Y por cierto nosotros con toda justicia, porque pagamos lo que merecen nuestros hechos. Pero éste no ha hecho mal ninguno».

Y entonces volviéndose con toda reverencia y humildad a Jesús le dijo:

«—Señor, acuérdate de mí, cuando vengas a tu reino».

Preciosa confesión, preciosa adoración, y preciosa oración la de este hombre. En ella con brevísimas palabras confesaba sus delitos, demandaba perdón, reconocía la divinidad y realeza de Jesucristo, y en fin, pedía la salvación de su alma para después de morir. El que siempre oye nuestras súplicas ¿cómo había de desoirlas en aquel momento en que efectuaba la redención de las almas? ¡Imposible! Y las primicias fué el alma de este pecador, para infundirnos así más y más confianza.

«Díjole Jesús:

«—En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso».

Por paraíso entienden los judíos jardín, edén, sitio de bienaventuranza. Y sitio de bienaventuranza había de ser aquella tarde el limbo de los justos adonde había de bajar Jesús después de espirar, y lo hubiera sido cualquier sitio donde Jesús glorioso se presentase. Y allá prometió Jesús que llevaría a Dimas, y llevó en efecto en aquella misma tarde, como primicias del fruto de su pasión.

Mas para que de tal modo se avive nuestra esperanza que no desaparezca el santo temor, ved al lado de ese escogido de Dios, ese otro reprobado. Las mismas gracias, exteriormente al menos, tiene, los mismos ejemplos ve, las mismas palabras oye, tan cerca está de la cruz como su compañero. Y sin embargo ¡Gestas se condena donde Dimas se salva!

#### 285. TINIEBLAS DEL MEDIODÍA

(L. 23, 44.45; Mc. 15, 38; Mt. 27, 45)

Era la media noche cuando nació Jesús, y el cielo se llenó de luz y claridad que hicieron aquella noche mucho más clara que el mediodía.

Ahora iba a morir Jesús y el sol se llenó de tinieblas que hicieron al mediodía más oscuro que la media noche.

Porque estando el cielo sereno «el sol se oscureció y las tinieblas se extendieron por toda la tierra y duraron hasta la hora de nona» (es decir, hasta media tarde, o las tres de nuestras costumbres).

Enorme era el crimen que se estaba consumando en Jerusalén. Jamás se había cometido otro que bajo ningún concepto pudiera igualársele. Injusticia estupenda, aun prescindiendo de la divinidad de Jesucristo, dados los innumerables beneficios que el taumaturgo había ido sembrando por toda la tierra, y la inocencia de su vida y bondad de su corazón. Pero injusticia inconcebible si se tiene en cuenta que aquel que estaba condenado a muerte sin pruebas, con un atropello incalificable, era Dios, y había probado que lo